

EL VALOR DE LA DAMA

Jesús María Sáez

EL VALOR DE LA DAMA

Una novela de Jesús María Sáez, *Txusmi Sáez*.

Primera edición: noviembre de 2024

ISBN: 9798345602485

Sello: Independently published

Depósito Legal: LG G 00676-2024

Vitoria-Gasteiz, País Vasco-Basque Country (Spain)

info@txusmi.es

www.txusmi.com / www.txusmi.es

Fotografía de portada: Josu Chávarri

Modelo de portada: Olya Zagorna Ilivna

Estilismo: OZI Interiores: Biblioteca del Centro Cívico Iparralde

Diseño de portada: Alexia Jorques

Corrección de textos: Rosina Iglesias

N.º de registro (Textos) Digital CEDRO: 5JpubWpL-2024-11-05T10:49:22.239

Registro Portada Safe Creative: 2410179833275

Inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual de Autores del País Vasco

«Lo que nos suceda en el futuro no depende solo del pasado, sino de hasta qué punto lo comprendamos».

«Veo en la lucha ajedrecística un modelo pasmosamente exacto de la vida humana, con su trajín diario, sus crisis y sus incesantes altibajos».

(Garry Kaspárov)

Garry Kaspárov es un gran maestro de ajedrez soviético, escritor y activista político. Durante su carrera profesional jugando al ajedrez fue el número uno del mundo durante más de 21 años. Su calificación máxima de 2851 puntos ELO, lograda en 1999, fue la más alta registrada hasta que la superó Magnus Carlsen en 2013. Considerado para muchos como el mejor jugador de ajedrez de la historia, Kaspárov se enfrentó también a la computadora Deep Blue en dos ocasiones, venciendo una y perdiendo otra; era la primera vez que una máquina ganaba a un campeón mundial. En 2005 se retiró del ajedrez profesional para dedicar su tiempo a la política y a la escritura sobre temas del propio juego. Más tarde formó el movimiento Frente Cívico Unido y se unió como miembro de La Otra Rusia, una coalición opositora al Gobierno de Vladímir Putin. Actualmente nacionalizado en Croacia, es presidente de la Fundación de Derechos Humanos y preside su Consejo Internacional. Kaspárov sigue criticando al Gobierno de Putin y activo en la esfera política en favor de la paz.

ÍNDICE

<i>ÍNDICE</i>	7
<i>PRÓLOGO</i>	9
<i>CAPÍTULO 1</i>	15
<i>CAPÍTULO 2</i>	45
<i>CAPÍTULO 3</i>	63
<i>CAPÍTULO 4</i>	89
<i>CAPÍTULO 5</i>	101
<i>CAPÍTULO 6</i>	109
<i>CAPÍTULO 7</i>	127
<i>CAPÍTULO 8</i>	141
<i>CAPÍTULO 9</i>	151
<i>CAPÍTULO 10</i>	159
<i>CAPÍTULO 11</i>	173
<i>CAPÍTULO 12</i>	185
<i>CAPÍTULO 13</i>	197
<i>CAPÍTULO 14</i>	209
<i>CAPÍTULO 15</i>	221
<i>EPÍLOGO</i>	231
<i>NOTAS</i>	237
<i>AGRADECIMIENTOS</i>	243
<i>EL AUTOR</i>	247
<i>OTRO TÍTULOS DISPONIBLES</i>	251

PRÓLOGO

HONDARRIBIA, GUIPÚZCOA
PAÍS VASCO
Septiembre de 2022

1. Cf3 Cf6
2. c4 e6
3. c4 d5
4. Cc3 Ae7

El pueblo costero de Hondarribia, ubicado estratégicamente frente a la vecina localidad francesa de Hendaya y bajo la ponderada protección del monte Jaizkibel, parecía flotar sobre la desembocadura del río Bidasoa en un atardecer de esos de película; en tonos rojos y naranjas resplandeciendo ante la mirada atenta de los turistas que deambulaban por sus calles adoquinadas, donde las casas coloreadas en el barrio de la Marina, antaño de pescadores, conformaban el paisaje de postal tan característico del municipio guipuzcoano.

5. Ag5 O-0
6. e3 h6
7. Ah4 b6
8. Db3 Ab7

Arriba quedaba la zona alta del casco viejo, intramuros, con su espléndida muralla, el castillo de Carlos V (actual Parador Nacional) o

la puerta de Santa María. Piedras muertas cómplices, acaso, de una historia viva que no hace tanto tiempo se desplegaba por el sorprendente trazado en cuadrícula de sus calles, característico de las ciudades medievales, con sus angostas calles empedradas que rememoran recuerdos pasados.

9. Axf6 Axf6

10. cxd5 exd5

11. Td1 c5

12. dxc5 Cd7

En Denda Kalea se alzaba, entre los inmuebles más antiguos que convivían en la ajustada estrechez de la calle, la moderna Casa de la Cultura, al estilo de los actuales edificios insulsos de hormigón y cristal que tan poco tienen que decir. En el interior de la zona polivalente, compartían espacio el archivo municipal y la sede de la Musika Eskola, la Banda de Hondarribia y Txistularis, con el auditorio multiusos en donde se estaba disputando la final del campeonato nacional femenino de ajedrez.

13. c6 Axc6

14. Cd4 Axd4

15. Txd4 Cc5

16. Dd1 Ce6

Medio centenar de personas permanecían atentas desde las gradas, en riguroso silencio solo rasgado por algún leve susurro de sorpresa o una tos incontinida, el desarrollo de la partida más esperada. Por un lado, jugando con las piezas blancas, estaba sentada

a la mesa en el espacio central del recinto, Marta Robleda, la actual campeona de España dispuesta a revalidar su título ante Oksana Adrianova Vasylychenko, una joven llegada a una familia de acogida desde Ucrania, huyendo de la arrasada región del Dombás y de un conflicto armado absurdo que llevaba visos de perpetuarse en el tiempo, con un desgaste insoportable a costa de vidas humanas, destrucción y crisis económica que, para colmo, se había desmadrado por completo con la reciente invasión de Rusia ese mismo año provocando una guerra contra la ya de por sí trastocada y debilitada República Ucraniana.

Marta, vestida con una camiseta blanca de algodón, unos sencillos pantalones vaqueros y unas zapatillas Adidas Run 60s en color rosa palo, se mostraba segura en todo momento. Acaso los nervios iban por dentro, pero la actual número uno nacional no parecía inmutarse lo más mínimo ante el no menos excelente juego de su contrincante; por lo que ambas mujeres estaban ofreciendo un espectáculo de alto nivel.

17. Dd1 Ce6
18. Ae2 Df6
19. O-O Tad8
20. Af3 Cg5

Oksana, que ya había participado desde adolescente en campeonatos ajedrecísticos en su país e incluso en la Federación Rusa antes del conflicto armado, llevaba ganando en España uno tras otro casi todos los torneos locales y regionales, de manera que su puntuación FIBA, la valoración de juego según la Federación Internacional de Ajedrez, había ascendido como la espuma hasta situarse en unos notables 1010 puntos. No obstante, la jugadora se

apreciaba incómoda ante un buen observador. Cambiaba de postura en su asiento con demasiada frecuencia, apoyaba la cabeza en el brazo derecho agarrándose la cabeza con la mano y comía gominolas de la cajita metálica que llevaba a todas las partidas que disputaba; era una de sus excentricidades o, como ella justificaba, la necesidad tácita de ajustar sus niveles de glucosa en cada momento, puesto que padecía una probable diabetes tipo 2 que le ocasionaba cierta descompensación en los niveles de azúcar en sangre y la trataba con ejercicio físico, alimentación y, en algunas ocasiones puntuales, tratamiento farmacológico oral. Iba ataviada, a modo de reivindicación folklórica hacia su país, con una preciosa blusa tradicional de seda negra bordada con flores coloridas. Completaba el atuendo popular con una falda roja larga y unos zapatos negros abiertos que no parecían muy cómodos, pues se había descalzado en varias ocasiones bajo la mesa durante el campeonato. En un primer momento, se coronó la cabeza con una diadema de flores para las fotografías previas de la prensa, cual corona espinosa de Cristo en la cruz, pero la había desechado ya para la partida tras la clara reivindicación política de libertad hacia su país, luciendo ahora un pelo rubio domado, libre, largo y de frágil consistencia que armonizaba perfecto en un rostro ovalado de amplios ojos azules a la medida de los cánones de belleza eslava.

21. Axd5	Axd5
22. Cxd5	Txd5
23. Txd5	Dxb2
24. h4	Ce6

Al llegar al movimiento veinticuatro de la partida, ocurrió algo extraño. Oksana, una vez depositó su ficha sobre la casilla elegida, al ir

a pulsar sobre el reloj de tiempo situado a su derecha, titubeó; su cuerpo pareció convulsionar en un temblor extraño, súbito, incomprensible. La mano descontrolada golpeó el cronómetro digital con fuerza proyectándolo veloz contra el suelo del auditorio, haciendo que en su impacto con el entarimado resonara de manera cruda al separarse los pulsadores por la caída. Su mano izquierda lanzó una sacudida espasmódica a la cajita con los chuches proyectándola hacia el vacío, esparciendo ositos rojos y negros de gelatina por el parqué de madera. Finalmente, como cierre al baile macabro desbocado, la muchacha se catapultó contra el respaldo de su asiento, tensionando la silla de piel y, a continuación, se desplomó con virulencia inusitada contra el tablero de ajedrez en un ruido sordo, bestial, estampando la cara en él e impactando contra las figuras que aún permanecían en pie. El rey negro —su rey, su pieza principal, su figura más valiosa— se le introdujo debido al virulento golpe por el ojo derecho, reventando el globo ocular, perforando el humor vítreo y la retina, desgarrando el nervio óptico, las venas, los tendones, y terminó enclavando la cruz mortal que coronaba la realeza (como todas las realezas), en la parte más cercana de su masa encefálica, provocando, con factible certeza, una lesión cerebral penetrante.

Marta Robleda, la contrincante que hasta ese momento había permanecido muda de sorpresa anclada a su sitio incapaz de mover uno solo de sus más de seiscientos músculos, comenzó a chillar histérica y se cayó literalmente de su asiento al arrojararse hacia atrás, presa del pánico, en una reacción impulsiva. El público que visionaba el espectáculo en directo, amplificado en un enorme panel led de alta definición, donde se transmitía con nitidez la dantesca escena, descendió a la carrera de las gradas en un atropello compartido y huyó despavorido. Las personas dejaron de comportarse como tales para terminar derribándose unas a otras en una loca estampida, en una

carrera repentina y frenética, como un rebaño de animales asustados, más propia de una manada de bisontes americanos huyendo del fuego en el parque Yellowstone.

El juez oficial del campeonato y un miembro de la organización se acercaron a socorrer a la mujer ucraniana desplomada sobre la mesa, pero ya era demasiado tarde. Los fluidos acuosos del ojo, mezclados con la sangre roja brillante proveniente de los vasos cerebrales, comenzaron a manar de la oquedad y se esparcieron lentamente por encima del tablero de juego, como un manto macabro que fuera poseyendo la partida en un lento derramar. Un hombre de los allí presentes con conocimientos de socorrismo, buscó en la muchacha trazas de pulso en el cuello, sin encontrarlo, e intentó en vano escuchar su inexistente respiración acercando el oído a su rostro, en otro tiempo bello y ahora repulsivo. El pelo rubio iba adquiriendo tonalidades extrañas al juntarse con los líquidos corporales. Con decisión, la tumbó en el suelo ayudado por un compañero y comenzó con las maniobras de reanimación a la espera de la ambulancia.

Pero Oksana Adrianova Vasylychenko estaba irremediablemente muerta.

CAPÍTULO 1

SEDE DE LA POLICÍA JUDICIAL DE ÁLAVA
VITORIA-GASTEIZ, PAÍS VASCO
Septiembre de 2022, lunes

El enorme edificio público que albergaba las dependencias judiciales de Vitoria emergía con su proa acristalada desde los primeros números de la avenida de Gasteiz, una de las arterias más representativas de la ciudad. Construido en mil novecientos noventa y cuatro, entonces todo un alarde de atrevimiento en modernismo arquitectónico con el diseño original de los arquitectos Iñaki Aspiazu y Javier Botella, se estaba quedando muy pequeño para albergar las diferentes secciones legislativas, el sinfín de departamentos, los diferentes juzgados de instrucción, el extenso archivo acumulado y el trajín continuo proveniente de los desbordantes juicios diarios, cada vez en mayor número. La ampliación era una realidad que no se acababa de concretar de manera satisfactoria. Se planteó en su momento la posibilidad de elevar la altura del edificio una o dos plantas más sobre su tamaño actual tras el estudio y beneplácito del Ayuntamiento, pero el Gobierno Vasco, del cual dependen los juzgados, vio imposible tal idea por los ruidos y molestias que dicha obra provocaría durante demasiado tiempo y que entorpecería, sin lugar a dudas, el trabajo diario de los funcionarios.

Fue entonces cuando se decidió, como segunda opción de manera provisional hasta la construcción de una nueva sede, adquirir la primera planta de oficinas de un bloque próximo que en su momento

acogía, entre otros negocios mercantiles y de abogados, la redacción completa de un periódico local, lo que daba cierto respiro por su enorme tamaño y que había quedado vacía recientemente en una de estas coincidencias casuales. La Unidad Especial de la Policía Judicial (UESPOL) tendría allí su sede, compartiendo espacio con registros y despachos. Mientras tanto, el reciente equipo creado para desatascar los casos más complejos o extraordinarios, que hasta ahora se llevaban en la Unidad de Investigación Criminal y Policía Judicial desde el complejo principal de la Ertzaintza en Erandio, debería seguir compartiendo las estrecheces y las salas comunes de sus compañeros de la sección de la Judicial de Vitoria-Gasteiz.

Los despachos, junto a las estancias de trabajo, situados todos ellos sobre la zona de las celdas, las salas de interrogatorios y las de ruedas de reconocimientos, a su vez encima de la propia morgue y de las salas forenses en el primer sótano, difícilmente aguantaban el ajetreo diario de los miembros de la policía autonómica adscritos al juzgado, de los secretarios judiciales, los administrativos vinculados y los magistrados que iban y venían requiriendo continuamente investigaciones o actuaciones. El añadido de la UESPOL en unas dependencias acondicionadas de aquella manera sobre lo que antes era un almacén y una sala de esparcimiento con varias butacas, minicocina con barra tipo bar, nevera, cafetera y microondas no es que ayudara precisamente a descongestionar el espacio ya de por sí saturado. Eso sin contar con el recelo inicial de los *ertzainas* ya asignados en el Palacio de Justicia, que no acababan de entender demasiado bien la creación del nuevo grupo de investigación, para ellos fruto de una decisión un tanto alocada tomada en unos gabinetes políticos desconocedores de la realidad policial y delictiva, más dados a equilibrar consensos partidistas sin ton ni son.

La oficial Maialen Guevara descendió con su coche por la rampa que llevaba, por un lado, a los aparcamientos privados para magistrados, personal policial, zona de detenciones y calabozos y, por el otro, hacia el Instituto de Medicina Forense en donde emergía siniestro como Béla Lugosi, siempre morboso e imponente, el depósito de cadáveres. La investigadora de la Ertzaintza iba al volante de un Seat León azul saphire metalizado, razonablemente nuevo con menos de tres años, poco más de cien mil kilómetros y conservado en un estado de uso muy correcto. «Se ve que lo han cuidado bien, seguro que lo utilizaban para llevar a personal VIP de un lado a otro», se dijo para sí misma cuando se lo asignaron por sorpresa como medio indispensable para su trabajo. Había dejado aparcado en San Sebastián, junto a sus recuerdos, el Volkswagen Golf rojo que tantos buenos y malos recuerdos le había deparado.

Aparcó sin problema en los espacios asignados para los vehículos de la Policía Judicial, junto a un coche patrulla rotulado. Según descendió del automóvil, recogiendo antes las carpetas que aguardaban sobre el asiento del copiloto, se colocó la cinta al cuello con el carné profesional identificativo colgado para dirigirse al ascensor de servicio. En la puerta de este se encontró con dos uniformados que acababan de dejar a un detenido en los calabozos y regresaban a su vehículo.

—Oficial... —saludó uno de los agentes mientras el otro asentía con la cabeza.

—¿Muchos huéspedes hoy en el hotel? —preguntó Maialen a modo de saludo, siendo partícipe a su modo de ver de un chistoso comentario.

—La verdad es que sí —le respondió impertérrito uno de los agentes que era largo y delgado como una chistorra navarra—. Nosotros ya hemos acercado a dos que se han quedado bajo custodia

de los compañeros, pero, además, la Guardia Civil ha traído de Treviño a un agricultor que ha destrozado con la azada la cabina del tractor de su vecino de la finca de al lado por una disputa de tierras, y la Policía Local tiene arriba a una pareja de carteristas que han hecho el agosto en septiembre y se han levantado media docena de billetteros en El Corte Inglés.

—No se aburrirán sus señorías —dijo el otro policía, bastante más bajito que su binomio, con cierta ironía.

Mailaen Guevara esgrimió una sonrisa poco elaborada y entró en el ascensor deseando buen servicio a sus compañeros. Vio su reflejo en el espejo del fondo y se recolocó unos pelos que se escapaban de la coleta. La mañana prometía en el Juzgado de Instrucción, teniendo en cuenta que eran poco más de las diez y cuarto. Ascendió desde los sótanos hasta la planta baja del edificio y saludó con cortesía, tras mostrar su identificación, a uno de los vigilantes de seguridad que custodiaban el acceso de personal, pues aún no era una asidua conocida de todos los guardas de los juzgados. Avanzó con paso firme por un pasillo estrecho, en donde un friso de madera clara sobre la pared pintada en un gris perla le daba a todo un aire muy aséptico, casi de recinto hospitalario decimonónico. Diversas litografías con recuerdos de antaño plasmados en blanco y negro colgaban cada ciertos metros alineadas sin muchas ganas. Tras recorrer un tramo más amplio, llegó a la altura del personal administrativo, cuyas mesas estaban ordenadas como pupitres de un colegio, en dos filas de a seis. En todas ellas, había un ordenador y una pila de expedientes embutidos en carpetas esperando ser atendidos. La mayoría de las trabajadoras eran mujeres, a excepción de dos hombres que, por cierto, tenían sus puestos de trabajo con menos papeles a la vista; igual era porque los apartaban del horizonte cercano guardados en unas sospechosas cajas que yacían a sus pies.

A ambos lados del conjunto de mesas se hallaban los despachos de los magistrados del Juzgado de Guardia asignado para esa semana, puesto que rota entre uno y otro de los juzgados ordinarios cada siete días con cambio todos los martes.

El Juzgado de Guardia es básico dentro de la administración de justicia, puesto que existe con el objetivo de tramitar los procesos de denuncias o querellas, reportes policiales que se presenten durante el tiempo de guardia, así como para iniciar las primeras diligencias de instrucción criminal que sean necesarias, como las medidas cautelares de protección a la víctima, entre otras muchas. En la práctica judicial de cualquier país democrático, los juzgados de guardia son muy utilizados habitualmente, incluso ante homicidios, asesinatos o cualquier delito especialmente grave.

Un poco más adelante el pasillo volvía a estrecharse para abrirse de nuevo a una salita en donde estaban dos mesas con otras dos administrativas ante ellas, Eva y Luisa, las secretarías principales del Juzgado de Guardia. A ambos lados de sus puestos surgían dos despachos enfrentados; uno bastante amplio del juez responsable y el otro algo más pequeño, en donde se encontraba sentada una letrada de la Administración de Justicia (lo que hasta el año dos mil quince se conocía como *secretario judicial*). El Juzgado de Guardia se encontraba operativo las veinticuatro horas del día, aunque de manera presencial de nueve de la mañana a nueve de la noche; fuera de esa franja horaria gestionaban trámites de manera telemática o, por el contrario, el traslado por la policía al lugar en donde eran requeridos; por ejemplo, para el levantamiento de cadáveres en caso de delitos contra la vida.

El Juzgado de Guardia es fundamental también para resolver una solicitud de *habeas corpus* (detención ilegal); permitir autorización de entrada a la policía en domicilios y lugares cuyo acceso requiera del consentimiento de su titular en caso de sospecha de que en su interior

podiera darse tráfico de drogas, de personas o de cualquier otra actividad ilegal; además de dictaminar autos de libertad, medidas cautelares, registro de denuncias, querellas, asuntos relacionados con extranjería o asilo político, búsquedas y capturas y trámites sanitarios de carácter urgente, entre otras muchas más funciones.

Todo lo relacionado con menores lo gestionaba el Juzgado de Menores Único, especializado en esos temas; así como la atención de los casos de violencia contra la mujer que requiriese una actuación urgente lo coordinaba el Juzgado de Violencia sobre la Mujer número 1.

La oficial Guevara se detuvo ante los puestos de las dos administrativas, pues se llevaba muy bien con ellas pese a conocerlas desde hacía poco tiempo. Eva era menuda y morena, de cara redonda y mejillas sonrosadas. Luisa era su opuesta, alta, delgada y más bien pálida. Normalmente trabajaban juntas en el mismo turno y venían a ser como los Blues Brothers cinematográficos, pero en versión chica. La *ertzaina* sacó del bolso un paquetito de pastelería con varias *pantxinetas* donostiarras, unos de los pastelitos típicos de San Sebastián, hechos a base de hojaldre con crema pastelera de relleno y recubiertos con almendras y azúcar glas. Solo verlos ya daban la impresión de ser igual de ricos que calóricos.

—¡Qué bueno! ¡Cómo nos cuidas! —exclamó Eva mientras se abalanzaba dispuesta a capturar los dulces.

—Hola, Maialen, ¿todo bien el fin de semana? —saludó Luisa colocándose correctamente las gafas sobre la nariz afilada desde donde se deslizaban con más frecuencia de la debida. Se acercó a por uno de los pasteles antes de que su compañera glotona acabara con todos.

—Bueno, ya sabéis —replicó la policía—, es duro cerrar una etapa de tu vida.

—Eso siempre es un ejercicio de superación. —La voz de Leire Olaizola, la letrada de la Administración de Justicia, sonó grave cuando

salía de su despacho con unos papeles bajo el brazo—. Me las estás acostumbrando mal —continuó, señalando con la cabeza la bolsita con los pastelitos.

—Solo lo hago cuando vengo de Donosti, no te vayas a pensar que esto va a ser barra libre cada semana —replicó alegre Maialen.

—Menos mal, porque si no a alguien que yo me sé la iban a regañar muy seriamente en la consulta del dietista —apuntó mientras miraba a Eva con desaprobación, como si fuera su madre.

—¿No quieres probarlos?

—No. Voy a llevar estos informes al Juzgado de Instrucción para que se hagan cargo. Tuvimos ayer un marrón con un caso de transfusión de sangre que no podía esperar y se va a liar una de las buenas —dejó caer mientras desaparecía por el pasillo con modos ágiles, contoneando la cadera de lado a lado agitando voluptuoso el vestido oscuro que la cubría.

—Un testigo de Jehová que tuvo un accidente grave de coche con su familia y urgía transfusionar sangre al hijo de dieciséis años porque corría riesgo de morir desangrado —aclaró Eva mordisqueando el último trozo de hojaldre ante el desconcierto de Maialen por el último comentario escuchado—. Finalmente, el juez Torres —hizo una mueca señalando el despacho próximo con la puerta cerrada— ordenó la actuación médica para el hijo y la madre, pese a la queja del padre que gritaba que estaban fuera de peligro, hecho un energúmeno, en la sala de urgencias del centro sanitario.

—Bueno, ellos creen que la sangre es sagrada, por eso no la aceptan en sus cuerpos ni la comen de animales, puesto que la consideran santa y justifican esa prohibición en base a ciertos textos del Antiguo y Nuevo Testamento, algo muy discutible. Para ellos la transfusión es el equivalente de comer sangre —reflexionó en alto Maialen—. ¿Y acudieron los compañeros? —se interesó.

—Fue la Policía Local —aclaró Luisa volviendo a su mesa—. Agredió a uno de los agentes y terminó la tarde detenido. Hoy ha venido a poner una denuncia contra el juez, los médicos de urgencia del hospital y contra la propia policía por abuso de autoridad.

Maialen Guevara se despidió de la pareja y prosiguió avanzando hasta llegar a las dependencias de la Policía Judicial de la Ertzaintza. El despacho del jefe de la sección estaba cerrado, por lo que llamó con los nudillos para entrar a saludarlo; era un viejo conocido de la academia de Arkaute cuando coincidieron en dos mil diecinueve, a primeros de año, en unas conferencias y charlas para los nuevos cadetes; las mismas en las que la oficial había conocido a David Herrero, de la Jefatura Superior de la Policía Nacional en Bilbao, quien poco tiempo después se convertiría en su novio hasta la abrupta ruptura de la pareja.

—¡Adelante! —Se oyó decir con voz ronca.

—Buenos días, Pablo —exclamó alegre Maialen abriendo la puerta.

—¡Hombre, oficial Guevara! ¡Qué alegría verte de nuevo!

Se dieron un apretón de manos y dos besos. Maialen, asignada a la recién creada UESPOL, llevaba menos de un mes en las nuevas dependencias provisionales donde la habían destinado y apenas tuvo tiempo de presentarse a su amigo, enfrascada en estudiar los expedientes de quienes iban a trabajar bajo su mando. Además, Pablo se iba al día siguiente de vacaciones con su familia por lo que difícilmente intercambiaron un saludo veloz. De hecho, hoy mismo acababa de regresar de la merecida ociosidad en Punta Cana.

—Te veo muy bien —le dijo él sincero.

Pablo Altuna, el responsable de la Policía Judicial de Álava era un hombre afable, acostumbrado a lidiar mil y una batallas. Alto, corpulento, con un pelo rizado castaño y voluminoso, era la envidia

peluquera de sus coetáneos, casi todos calvos o con unas entradas considerables por donde el aire transitaba fugaz los días de viento. Altuna poseía una piel grasa, con abundantes granos por la barbilla, por lo que había optado por dejarse una barbita larga de chivo que no acababa de quedarle del todo bien. Vestía de manera informal, puesto que en su primer día laboral tras las vacaciones iba a estar, ineludiblemente, centrado en resolver abundante papeleo pendiente, algo que no le agradaba en absoluto; él era un tipo más de acción que de butaca.

—Gracias, ¿qué tal la República Dominicana? Yo estuve una vez y aquello fue como practicar un ascetismo, experimentando un nirvana terrenal inmerso en un remanso de paz; eso sí, dándole sin descanso a la mamajuana —le respondió Maialen asintiendo con la cabeza y sonriendo.

—A ver si nos ponemos al día y te cuento. Creo que he engordado dos kilos comiendo de maravilla, tomando combinados y licores, como bien dices, y tirado sobre la hamaca en la playa. —Río el responsable—. Me han dicho que ya tenéis caso, ¿no? —Cambió el tercio de pronto.

—Sí. La chica de la partida de ajedrez de Hondarribia.

—Una pena, muy joven.

—Así es esto; qué te voy a contar. Me alegro de verte, Pablo, en serio. Me voy ahora a mis aposentos a poner en orden al grupo.

—Creo que ya tienes a todos arriba, según me han dicho los compañeros que los han visto pasar. Nos vemos.

—Claro. Hablamos.

Cuando la oficial Guevara entró en la sala que tenían asignada para su equipo recordó el porqué de lo deprimente del lugar. Un espacio indefinido, sin ventanas, separado en dos estancias por un tabique en

pladur hasta la media altura y cristal traslúcido en la parte superior que creaba a la izquierda, según entrabas, tras una puerta endeble, un despacho privado con lo básico: una mesa de oficina con dos sillas vulgares a un lado y otra con ruedas, algo mejor, en el lado opuesto; un ordenador y un armario tipo estantería. Al lado derecho, por el contrario, la estancia crecía en tamaño bastante más, ya que anteriormente se usaba a modo de habitación multiusos y de descanso, en donde en su lado más oriental un microondas y una nevera compartían hueco junto a una barra alta de desayuno con dos taburetes. Una cafetera roja y negra de cápsulas de la marca Nespresso, completamente nueva, había impregnado el ambiente con un agradable aroma *ristretto*, poderoso e intenso, muy a lo italiano.

Dos agentes charlaban desenfadados ante la mesa larga que cubría el lugar de izquierda a derecha. Tomaban café y comían de esas magdalenas superesponjosas del Carrefour, de las que remojabas en un café con leche y tenías que pedir otro.

Como la puerta estaba abierta, no sintieron llegar a su jefa.

—Ese café huele de maravilla —dijo ella a modo de saludo.

—¡Hombre, Maialen! —exclamó risueño el más alto y moreno de los dos volviéndose hacia ella; el otro agente casi se cae de la silla por la sorpresa—. Pensaba que no ibas a venir, ya estaba haciendo planes para pasarme el día por Vitoria.

—Claro, seguro que detrás de algunas faldas —respondió ella contenta.

—Ya sabrás que he sentado la cabeza —sugirió él con aire falso de ofendido mientras se levantaba del asiento y se dirigía hacia ella—. Me he vuelto una persona sensata sumida en un periodo de profunda reflexión y castidad temporal.

Josu y Maialen venían ambos de la comisaría de El Antiguo en San Sebastián, en donde fueron compañeros de patrulla y de

investigación varios años. Tenían amplia confianza el uno en el otro y se conocían bien; eran, a su manera, amigos cercanos, aunque distantes a la vez. Era difícil de explicar su relación, en todo caso de profundo respeto y admiración mutua.

Josu abrazó a su superiora con indisimulado afecto y le dio un par de besos espontáneos.

—¿Qué tal estás, *neska*? —le preguntó desde el interior de sus ojos oscuros de mirada penetrante.

—Bueno, voy tirando. Aún es pronto y la herida sigue abierta pese a ir cicatrizando poco a poco, con lentitud. —La oficial se separó de su amigo, evitando caer en una flaqueza emocional que no se le antojaba nada cómoda como carta de presentación para dirigir un nuevo equipo de trabajo.

Asintió con la cabeza y se dirigió al tercero en discordia que aguardaba de pie, nervioso, a la expectativa de que terminara el cordial saludo entre los dos antiguos colegas.

—Tú debes de ser Martín Gaditano, ¿no es así? —afirmó ella extendiendo la mano hacia él.

—Sí, oficial Guevara. Es un placer conocerla, me habían hablado de usted.

—Espero que para bien. Por cierto, ¿Martín es nombre o apellido en su caso?

—Nombre, señora. Pero mi madre se apellida Martín, así que soy Martín Gaditano Martín; me llamaban *Capicúa* en la comisaría de Balmaseda...

Maialen soltó una carcajada espontánea. Josu estuvo a punto de atragantarse con la magdalena.

—Esa es buena —añadió ella, sentándose en una silla de plástico que parecía llevar varios años abandonada en un cuarto trastero, sin duda por su diseño más propio de una sala de espera de

una peluquería de los noventa que de local de reuniones de trabajo—. Bien —abrió la carpeta azulona—, veo que vienes de Protección Ciudadana, de patearte las calles. ¿Por qué has pedido el traslado a esta nueva unidad?

—Bueno, señora...

—Con que me llames por mi nombre es suficiente; me creas sensación de ser una mujer bastante mayor de lo que soy.

—Como quiera, oficial Guevara, por mí perfecto. Verá, aunque estaba de patrullero, he sacado la carrera de Criminología a través de la UNED durante estos últimos años. Siempre me ha gustado la investigación y, cuando mi superior me brindó la oportunidad de formar parte de los equipos en Erandio dentro de la División de Investigación Criminal, no lo dudé ni por un momento. Allí buscaban a su vez voluntarios para crear un equipo novedoso capitaneado por usted y les rogué que me incluyeran para aprender a su lado.

—Me halagas; no te creas todo lo que cuentan por ahí. Por cierto, ¿quién ha traído esta cafetera nueva? —añadió para desviar la conversación. No le gustaban los peloteos.

—¿Tú quién crees que puede haber sido? —replicó Josu encantado. Llevaba el pelo un poco más largo de lo que en él era habitual, por lo que en su tono oscuro azabache se apreciaba el surgir rebelde de alguna cana sin domesticar, dando una pincelada blanca aleatoria al atractivo suboficial.

—Menos mal que estás aquí con tu Nespresso para poner algo de serenidad en este puñetero caos de despacho.

Mailaen se fijó mejor en el nuevo miembro de la unidad de investigación, tras confesar en alto la percepción del espacio del que disponían. En la ficha que le habían pasado se indicaba que tenía treinta y seis años y que había nacido en Llodio, un núcleo urbano más al norte próximo a Bilbao, con la segunda mayor población de habitantes de

Álava tras su capital Vitoria-Gasteiz. Martín era un hombre apuesto, bien formado, con brazos fuertes y pectorales de gimnasio que destacaban bajo el polo azulón que vestía. Completaba el atuendo con un pantalón cargo gris y unos mocasines tipo náuticos a juego en el color con el niqui. Llevaba el pelo bien arreglado, ni muy largo ni muy corto, sin un solo rizo dentro de un mar liso de color castaño. En la cara ovalada y de rasgos suaves destacaba una nariz aguileña algo desproporcionada para gusto de la oficial. Las cejas alargadas y los ojos marrones expresivos daban al rostro una imagen agradable en su conjunto. Pese a la masculinidad y testosterona que presentaba el individuo, el carácter de Gaditano reflejaba cautela y tranquilidad; parecía un tipo listo.

—La verdad es que aquí la jefa y un servidor hemos resuelto unos cuantos casos cuando trabajábamos juntos —añadió Josu entregando un café bien cargado a Maialen, a la que sacó de su análisis—. Una cucharada de azúcar como siempre, supongo...

—Sí. No he cambiado en eso —dijo dejando caer la frase, masticándola, para darle la importancia que tenía dentro de la intrascendencia—. Gracias, Josu. —Revolvió con suavidad la infusión, como queriendo entender el significado de las ondas concéntricas que se formaban. Desistió al final levantando la vista de nuevo hacia Martín Gaditano—: Ciertamente el suboficial Aguirre ha sido un eficiente compañero en nuestro trabajo de investigación. La puta pandemia, con perdón por la expresión, destrozó muchas vidas y diluyó otras en una niebla de inseguridad donde desaparecer vagando entre ella. Fue nuestro caso. A mí me afectó por partida doble, puesto que mi pareja enfermó o, mejor dicho, empeoró de su enfermedad y me pedí una excedencia para cuidarla que me costó dios y ayuda conseguir en esos momentos. Reasignaron a Aguirre mientras tanto de responsable a otra unidad en Hernani y nos distanciamos un tiempo.

—Lo siento, no sabía todo eso, solo que estuvo medio año

fuera del servicio activo. ¿Se recuperó finalmente su chico? —preguntó preocupado Gaditano sin ver como Josu, situado detrás de Maialen, le hacía señas como de cortar el cuello con la mano para que abandonara una conversación encaminada a senderos ciertamente escarbados y resbaladizos, como una travesía pedestre por los atajos recónditos del bosque de Irati.

—No —respondió ella escueta centrando de nuevo la vista en el café—. Lorena falleció. —Hubo una pausa silenciosa tan violenta y desconcertante que la llegada precipitada de una *ertzaina* tropezando con la puerta al entrar supuso un punto de alivio para todos al desviar la atención hacia otros derroteros.

—¡Discúlpeme! —suplicó la chica azorada—. Me he perdido por los juzgados buscándolos a ustedes. Ya pueden perdonarme el retraso; esto es un puñetero laberinto de mierda. ¡Perdón! —Se corrigió rápido, parecía estar acostumbrada a excusarse con frecuencia—. Quiero decir que es un lío de pasillos y departamentos y que nunca había estado aquí. . .

—¿Y tú eres? —preguntó Josu curioso, examinando minuciosamente con disimulo a la muchacha.

Era menuda, bien proporcionada, con el pelo rubio brillante recogido en una corta cola de caballo. Su cara redonda y jadeante destacaba en rosáceo los pómulos por el sofoco previo. Sus labios eran finos y minúsculos como toda ella. Vestía unos vaqueros claros con agujeros en ambas rodillas deshilachados en los bajos. Una sudadera sencilla de color albaricoque, que le estaba dando un calor terrible tras la carrera que presumiblemente se había dado por los juzgados, dejaba marcar unos pechos pequeños que apenas destacaban. Completaban el atuendo unas Adidas blancas impolutas.

—Perdón, no me he presentado tan siquiera —insistió en su rogatorio—, mi nombre es Silvia Llorente, la facultativa asignada para

ustedes por la Policía Forense. Soy analista científica y técnica forense especializada.

El silencio ahora se produjo fruto de cierto estupor maduro cocido a fuego lento. La jefa fue quien se mostró resolutiva:

—Soy Maialen Guevara, la oficial al mando del nuevo grupo de la UESPOL y nadie me había comunicado en estas semanas previas su participación.

—Puede ser —siguió la muchacha pizpireta poniendo los ojos en blanco—. A mí me avisaron hace dos días. Me llamó al despacho mi supervisor Echegaray en el laboratorio de la base central de Erandio y me informó, yo creo que de una forma un tanto indiferente después de llevar allí dos años trabajando con él, de que me reasignaban a su equipo para que les echara una mano sobre el terreno sin necesidad de movilizar «caros recursos adicionales»; y en eso sí fue muy preciso.

—O sea, para que nos entendamos, eres de la científica y tu trabajo será valorar *in situ* lo ocurrido, aunque ya lo estén haciendo o incluso lo hayan hecho previamente tus compañeros, ¿es eso?

—Bueno, puedo dar una segunda opinión más subjetiva, más personal, al participar en la investigación con vosotros, con ustedes quiero decir, y si nos encontramos con algo concreto que requiera un estudio rápido, puedo valorarlo en ese mismo momento sin que llegue a contaminarse o la custodia de pruebas pueda perderse. Digamos que puedo ser un plus añadido —concluyó.

Maialen Guevara se frotó los ojos pinzando con el pulgar y el índice los lacrimales. Se mantuvo unos segundos así meditando los pasos a dar. Revisó el correo electrónico en su Samsung y comprobó con cierto estupor que esa misma mañana un escueto mensaje de la Jefatura General le corroboraba la designación a última hora de la técnica Silvia Llorente desde la base de Erandio a su unidad. Suspiró, más por abatimiento que por vacilación, maldijo no haber revisado los

mensajes a primera hora y, por último, pasó la mirada por los tres agentes que la observaban expectantes.

—Vale —dijo incorporando la espalda en su asiento—. Si vamos a trabajar juntos, vamos a hacerlo bien, ¿okey? Intentaremos ser un equipo con un buen potencial y capacidad de resolución porque, viendo nuestros orígenes y experiencias, podemos llegar a lograrlo. Pero, lo primero de todo, es que dejéis de llamarme de usted, os lo pido por favor. Os podéis dirigir a mí por el apellido, el nombre o por el rango, como queráis, pero procurad tutearme sobre todo si estamos nosotros solos. Delante de superiores o de extraños podéis mantener los formalismos. Y segundo, las cosas se harán a mi manera; no os conozco a ninguno de vosotros excepto a Josu —le señaló con la barbilla— y sé que es dado a ir por libre, cosa que no voy a permitir a nadie más. Trabajaremos conforme a las normas y de manera eficiente con un reparto de tareas acorde a las necesidades de cada caso. Y en esto voy a ser tajante y rigurosa; nos han puesto a modo de conejillos de Indias en esta unidad de nueva creación y no vamos a defraudar a la Ertzaintza. No hablo de los superiores, que también, sino de la policía vasca a la que los cuatro pertenecemos con orgullo.

Todos asintieron. Martín convencido, Silvia incluso pareció emocionarse con las palabras de su nueva jefa y Josu apuró el café de un trago y tiró el vasito a la papelera con pésima puntería manchando el suelo.

—Bien —dijo molesto recogiendo el vaso de cartón y limpiando con un pañuelo de papel bajo la mesa—, ¿y qué nos depara el destino? —preguntó desde ahí.

Maialen Guevara ya había introducido un *pendrive* en el ordenador principal que se hallaba conectado al retroproyector. Se levantó, bordeó la mesa e hizo descender una pantalla blanca que descansaba enrollada sobre un enorme mapa del País Vasco en una de

las paredes junto a un tablón de corcho, con chinchetas alargadas tipo campana agrupadas en una de las esquinas y un puñado de gomas de colores exuberantes colgando de una alcajata rebelde.

El escritorio de Windows apareció reflejado en la pantalla. Pinchó con el ratón en un archivo en formato de vídeo que se encontraba en una carpeta nombrada como «Ajedrez».

—Apagad la luz, por favor —rogó antes de darle al *play* en el reproductor multimedia—. Supongo que todos estaréis al corriente de lo ocurrido hace dos semanas en Hondarribia en el trascurso de una final del campeonato de ajedrez femenino —informó.

—Sí, fue el fallecimiento en medio de la partida de una de las jugadoras. Salió en toda la prensa —certificó Gaditano.

—Exacto. Pues ahora estad atentos a lo que va pasando, porque no tiene desperdicio. . .

La grabación se puso en marcha y en ella se apreciaba, en una toma desde una cámara lateral fija en primer plano, a dos jugadoras jóvenes enfrentadas ante un tablero del milenario juego.

—La de la izquierda es Marta Robleda, de dieciocho años, la actual campeona de España y la de la derecha es la ucraniana Oksana Adrianova de diecinueve, refugiada en nuestro país por la Guerra del Dombás y aspirante al título —aclaró Maialen a sus compañeros.

—Qué bien se ve —exclamó Silvia encantada—. ¿Y los locutores que se oyen de fondo? —preguntó curiosa.

—La partida, bueno esta y muchas más, se retrasmiten por varios canales de Twitch, Discord y YouTube de la mano de la *streamer* Merybliya y están patrocinados por Chess.com y la Federación Española de Ajedrez. . .

—¿Canales en internet sobre partidas de ajedrez? —preguntó Martín gaditano.

—¿*Mery* quién? —inquirió Silvia.

—Me están faltando las palomitas, porque esto parece que va para largo...

Maialen pausó la reproducción del vídeo y se giró en la silla. Lanzó una mirada de desaprobación a Josu por el último comentario socarrón. Después contestó primero a Martín Gaditano:

—Sí. Aunque no os lo creáis existe un amplio público que no puede ir a las partidas y sigue los campeonatos, sobre todo los más interesantes o importantes, por los canales de internet. Hay una serie de deportistas que arrastran un numeroso grupo de fans. No solo iba a haber frikis de *La guerra de las galaxias*, ¿no crees? —Martín asintió con la cabeza sorprendido en su fuero interno. Para él el deporte era otra cosa: hacer 100 sentadillas, levantar 20 kilos en 20 repeticiones, hacer 200 abdominales, *running*, aerobismo, natación..., pero ¿el ajedrez?

—Y en cuanto a Merybliya —explicó la oficial acto seguido dirigiéndose a Silvia—, se trata del seudónimo o *nick* de María Rodrigo Yanguas, una psicóloga de profesión, amante y divulgadora del ajedrez, además de reputada jugadora y actual comentarista de las partidas por los medios. Ha escrito varios libros, y sus clases prácticas y participación en simultáneas causan sensación. Como ella misma suele decir, su pasión es enseñar la magia del ajedrez a la gente... —Se volvió a su posición inicial en el asiento tras la completa explicación y puso en marcha de nuevo el reproductor de vídeo.

Al principio la partida transcurrió más o menos de manera rápida para los legos en la materia. Llamaba la atención que la chica ucraniana comiese gominolas con cierta frecuencia. Se produjo un intercambio continuo de movimientos, aunque a medida que avanzaba la partida estos se iban distanciando en la ejecución. A los quince minutos largos ocurrió lo inimaginable: la muchacha de Europa del Este se tambaleó y terminó derrumbada sobre el tablero, tirando las piezas

del juego, el reloj del tiempo, las golosinas y estrellando la cabeza de manera brusca contra la mesa en donde se introdujo el rey negro completo por el ojo derecho.

—¡Oh, dios mío! ¡Qué horror!

—Esto no salió en el telediario...

—¡Qué asco! Joder.

Las escenas siguientes reflejaban el caos que se formó en el auditorio. La rival en la partida, Robleda, se echó hacia atrás en la silla y se cayó al suelo dando gritos presa del histerismo. Se oyeron clamores lejanos de fondo y poco a poco comenzó un murmullo incrédulo lento que terminó en un griterío nervioso y veloz. Alguien de la organización se acercó hasta la mesa de competición sin saber muy bien qué hacer. Al poco, otro miembro del equipo del campeonato, con aparentes conocimientos de socorrismo, buscó el pulso de la chica y decidió tumbarla en el suelo con ayuda del primero para comenzar la RCP. Salieron del cuadro de enfoque de la cámara. Se veían cabezas de personas curiosas desde atrás, todas ellas apesadumbradas. Se cortó por fin la grabación fundiéndose a negro la pantalla.

Maialen Guevara pinchó con el ratón en la banda del tiempo hasta situarse diez minutos antes. Volvió a poner en marcha el reproductor multimedia de Windows.

—Atentos en este segundo visionado ahora que sabéis de qué va —dijo en alto sin mirar a nadie en particular—. Quiero que os fijéis en cualquier detalle que os parezca interesante.

La grabación pasó de nuevo ante la mirada del equipo de policías que la escrutaban en silencio. En el mismo instante en que la ucraniana se derrumbó sobre el tablero de juego, Maialen detuvo la reproducción activando la pausa. La imagen gore quedó congelada en el espacio y en el tiempo habiendo lanzado previamente salpicaduras de líquidos orgánicos al vacío, ahora paralizados en el aire de modo

imposible y manera grotesca.

—¡Vaya fotograma que has dejado expuesto! —resopló Josu con sorna—, sin duda has tenido buen ojo...

—Ahórrate el sarcasmo, hazme el favor —replicó Guevara alterada; su compañero tenía hoy un día de esos en que la terminaba sacando de quicio, como bien recordaba—. De acuerdo, ¿qué os sugiere lo que habéis visto en este rato que ha durado la partida? Como pista, os diré que la chica está muerta.

—¿Causa de la muerte? —preguntó Martín.

—Dímela tú —respondió mirando a la forense.

Silvia semicerró los ojos y adelantó la cabeza para centrarse en la desagradable imagen.

—¿Qué tamaño tienen las piezas de ajedrez? —preguntó a continuación.

—Ni idea. —Maialen revisó con rapidez las páginas del informe en busca de ese dato, pero no aparecía por ningún lado.

—Espera, te lo digo ahora mismo —dijo Josu entrando en el buscador de Google—. Se supone que los campeonatos tendrán unas reglas establecidas en cuanto a tamaños y normas, como las chicas casaderas. —Al momento el buscador mostró el reglamento FIDE, mientras las dos compañeras lo miraban mal por el comentario fuera de lugar—. A ver... Cito textualmente del reglamento de la Federación Internacional: «El material de ajedrez que ofrecen los organizadores de un torneo FIDE o Campeonato Continental, Olimpiada y otros torneos registrados de la FIDE, se ajustarán a las normas mencionadas a continuación y deberá ser aprobado por el organizador principal y el árbitro principal. Se recomienda que los jugadores participantes aprueben las piezas de ajedrez, los tableros y los relojes utilizados en las competiciones mundiales o continentales de alto nivel. También deben aprobar otro material tal como la mesa, las sillas, etc. En caso

de que un jugador no esté de acuerdo, el organizador principal o el árbitro principal decidirá el material que se utilizará en el evento, teniendo en cuenta la normativa de tamaño y características que se mencionan a continuación. Se recomienda encarecidamente que el material de ajedrez utilizado en una competición sea el mismo para todos los participantes y todas las partidas... Las piezas de ajedrez deben ser de madera, plástico o una imitación de estos materiales. El tamaño de las piezas debe ser proporcional a su altura y forma; también se podrán tener en cuenta otras consideraciones tales como estabilidad, consideraciones estéticas, etc. El peso de las piezas debe ser adecuado para un cómodo movimiento y una buena estabilidad. Las alturas recomendadas de las piezas son las siguientes: rey 9,5 cm; dama 8,5 cm; alfil 7 cm; caballo 6 cm; torre 5,5 cm y peón 5 cm. El diámetro de la base de una pieza debe ser el 40 y el 50 por ciento de su altura. Estas dimensiones pueden variar hasta en un diez por ciento de las recomendaciones anteriores, pero se debe mantener la relación (por ejemplo, el rey es más alto que la dama, etc.). Las recomendadas para las competiciones de la FIDE son las piezas de estilo Staunton. Las piezas se deben distinguir claramente unas de otras. En particular, la parte superior del rey debe diferir claramente de la de la dama. La parte superior del alfil puede llevar una muesca o ser de un color especial que lo distinga claramente del peón...». Espero que esto te valga...

—O sea que ese rey tendría entre nueve y nueve centímetros y medio —concluyó Silvia resumiendo la perorata innecesaria aplicando los porcentajes.

—¿Qué interés puede tener eso?

—En la imagen se aprecia cómo se introduce por la cavidad orbitaria casi hasta la base, es decir, unos ocho centímetros, lo cual significa que, además de reventar el globo ocular y lacerar el nervio óptico y los conductos venosos, pudo causar lesiones penetrantes en

el cerebro de la mujer, más en concreto en el lóbulo frontal. Todo ello —prosiguió— pudiera provocar a posteriori una muerte por edema con hipertensión intracraneal, abscesos cerebrales, pseudoaneurismas o diversas infecciones.

—Estoy impresionada con tu análisis y la lección de medicina que nos has impartido —exclamó sincera Maialen Guevara—, pero debo desilusionarte y aclararte que Oksana ya estaba prácticamente muerta cuando cayó contra el tablero.

—Así que el rey no le dio mate, usando términos ajedrecísticos —matizó Gaditano sorprendido de su propio juego de palabras—. Entonces pudo fallecer por una causa natural. De hecho, se la ve tambalearse como perdiendo la orientación antes de caer abatida... ¿Infarto, ictus, un aneurisma previo tal vez?

—No ha muerto por causas naturales según indica el informe de la autopsia.

—¡Joder! —exclamó Josu agitando las manos—, pues un disparo no parece probable, puesto que no hay ruido alguno de detonación y la partida se desarrolla en silencio. Tampoco existe un aparente impacto sobre el cuerpo, además que a la distancia a la que se encuentra el público, una supuesta arma de pequeño calibre no podría afectarla mortalmente.

—A no ser que la usara su contrincante... —sugirió Silvia.

—¡Qué va! Si se cae del asiento de los nervios que le provoca la escena. ¿Y dónde le va a pegar un tiro?, ¿en todo el coño por debajo de la mesa?

Martín rio ante la ocurrencia de su compañero. Se contuvo de inmediato viendo la cara de la oficial, que taladraba ambos agentes masculinos con la mirada.

—Como no descartemos que alguien le lanzara con una cerbatana en plan jíbaro una flecha con veneno —continuó Capicúa

volviendo al análisis—, solo nos queda el envenenamiento previo.

—Ya me va gustando más eso que dices —exclamó complacida Guevara.

—¿Qué ocurre después, cuando se corta la grabación?

—Nada que sea especialmente trascendente —aclaró la oficial—: continúan la reanimación cardiopulmonar los de la organización del evento, sin demasiado éxito, hasta la llegada de la ambulancia de la DYA en menos de cinco minutos desde la cercana avenida Jaizkibel, en donde tienen la base de emergencias. Los sanitarios la monitorizaron, intubaron, le aplicaron el desfibrilador, pero no respondió. El médico de la ambulancia la declaró finalmente muerta tras media hora infructuosa intentando revivirla.

—¿Por qué has incluido eso de *especialmente* trascendente en la frase?

—Bueno, digamos que lo más extraño fue que el entrenador de Oksana tardara más tiempo de lo esperado en bajar hasta el lugar donde agonizaba su discípula. Alegó que estaba en el baño en ese momento.

—¿En medio de la partida?, ¿en el momento álgido? Qué raro...

—Igual los nervios le provocaron ganas de mear, tampoco es muy disparatado pensarlo.

—Descendió algo más tarde desde la grada, según declararon los miembros de la organización. Lo vieron entrar por una de las salidas del recinto y acercarse hasta donde se hallaba ella inconsciente, allí la abrazó nervioso y comenzó a atusarle el cabello. Tuvieron que apartarlo, pues estorbaba en la RCP. Se quedó a su lado todo el rato y a posteriori prestó declaración a los compañeros de la comisaría. Está todo en el resumen que más tarde os pasaré.

—Junto con el informe forense, espero.

—Sí, con los datos de la autopsia, tranquila Silvia. Ahora lo reparto. Solo pretendía que examinarais lo acontecido como unos observadores ocasionales más. A veces se aprecian pequeños detalles si se analizan los hechos según están ocurriendo.

—Vale —concluyó Josu—. Por tanto, murió envenenada. ¿Podemos saber con qué o tenemos que imaginarlo también?

—Ingirió una dosis mortal de batracotoxina según la reseña de toxicología —repartió una copia entre los miembros del equipo junto con el atestado de la Ertzaintza y el sumario escueto y desganado que redactó el letrado de la Administración de Justicia tras el levantamiento del cadáver. Igual le hicieron acudir en medio del partido de fútbol de la Real Sociedad.

—¿Batracotoxina? —Silvia frunció el ceño y sus labios pequeños parecieron agrandar con la mueca—. ¡Qué fuerte! Nunca me había encontrado con un envenenamiento por ese tóxico —comentó sorprendida.

—¿Alguien puede explicarme qué demonios es la *batrocoxina* esa de los cojones?

—Se dice *batracotoxina* y es un potente veneno que segregan algunas ranas de colores muy llamativos originarias de ciertas zonas de Sudamérica —aclaró Maialen de manera básica—. Si has ido al Museo Eureka de la Ciencia de Donosti, el que está en el Parque Tecnológico de Miramón, las habrás visto.

—Ah sí, ya sé; son esas que llaman punta de flecha porque los indígenas las utilizan para hacer mortíferas sus armas de caza untándolas precisamente ahí, en la punta de la flecha, ¿no?

Silvia se animó:

—Es más exacto el término «dardo venenoso» para la especie más letal que utilizaban los nativos de la selva colombiana. Pero bueno, la sustancia en sí no deja de ser una neurotoxina alcaloide esteroidea

liposoluble, capaz de disolver las paredes de las células y promover la apertura de los canales de sodio en el cuerpo, lo que lleva con rapidez a un irremediable fallo cardíaco fulminante; de hecho, se podría decir que se trata casi más de una cardiotoxina que neurotoxina por sus efectos mortíferos para el corazón, pero bueno...

La cara de los presentes era un poema. Parecían querer asimilar los tecnicismos lanzados a toda velocidad por la experta en análisis forense sin perderse en el contexto de las palabras.

—¿Y cómo de letal es? —quiso saber Martín saliendo así del paso.

—¡Tremenda! —indicó rotunda Llorente con muestras de emoción contenida al saberse clara concedora de la materia—. Para que os hagáis una idea, en una persona de la apariencia de esa pobre chica, que pesará unos 50 o 55 kilos, la dosis suficiente para matarla sería de unos 90 microgramos más o menos; el equivalente a dos granos de sal gruesa de mesa. Es unas veinticinco veces más potente que el curare, el cual, por cierto, también lo usaban los indios salvajes de Colombia.

—Unos angelitos con taparrabos por lo que se ve.

—Así que, por tanto, es perfectamente camuflable al necesitarse unas dosis minúsculas para lograr su tremendo efecto nocivo, por lo que dices —prosiguió Martín sonriendo al comentario previo de su compañero—. Pero ¿le clavaron algo embadurnado en esa sustancia? ¿Y es rápida haciendo efecto? Quiero decir, ¿lo tuvieron que hacer antes de la partida de ajedrez o mientras la disputaba?

—Ahí está la cuestión —retomó la oficial Guevara la palabra viendo que Silvia, osada, pensaba prolongar sus clases de Toxicología como una profesora elocuente en el aula magna universitaria—. No se la inyectaron ni le pincharon en ningún momento ni en ningún lugar. La ingirió en altas dosis por vía bucal.

—A la sazón tuvo que ser durante la partida, es evidente. Una dosis alta es letal en cuestión de minutos —aseguró Silvia incapaz de quedar al margen.

—Joder, las gominolas... —exclamó Josu atusándose el pelo negro que le cubría toda la cabeza sin ninguna entrada, para envidia de muchos—. ¿Cuántas se come? —Se contestó él mismo—: Al menos media docena o más. Dale para atrás al vídeo, vamos a contarlas.

—Después —ordenó Maialen girando la silla para quedar de espaldas a la pantalla y enfrentada a su equipo—. Efectivamente, Josu, son los dulces los que contienen el veneno; lo dice la autopsia en el resultado del análisis de los restos que hay en su estómago, como podéis leerlo vosotros mismos. Lo cual nos lleva a una cuestión delicada que nos corresponde aclarar. Debemos saber si alguien puso allí el veneno o bien si fue ella misma la que tomó la decisión de terminar con su propia vida.

—Suicidarse.

—¿Sabemos algo de ella más concreto? —preguntó Silvia cavilando para sí—. Antecedentes médicos previos, informes psicológicos... , algo que nos ayude en una valoración previa.

—Lo único que sabemos es que fue una de las *niñas de Chernóbil* que acogieron algunas familias españolas con el fin de darles cada verano unos meses con buena calidad de vida. Ella en concreto aterrizó en el seno de una pareja de Málaga con otro hijo. Después, al regresar a su país, le pilló de lleno la Guerra del Dombás y volvió para quedarse con su familia de acogida aquí en España hasta que las cosas mejoraran, algo que parece improbable de momento tras la invasión de Rusia este mismo año a Ucrania.

—Pero la catástrofe de Chernóbil queda muy lejos en el tiempo, ¿no? —meditó Josu—. Quiero decir que aquello pasó en 1986 y la chavala esta, Oksana, tenía 19 años. No me salen las cuentas.

—Los niños que nacieron después de la explosión del reactor ucraniano siguieron acudiendo también a países donde *limpiarse* temporalmente de la radiación que aún perdura en el ambiente, en los campos, cultivos, ríos... Mis tíos estaban en una de las organizaciones que se encargaban de traer a los menores hasta España con ese fin —explicó Martín Gaditano con conocimiento de causa.

—Caramba, no tenía ni idea —confesó Josu alzando las cejas—. Y eso que ahora se organizan, bueno se organizaban antes de la guerra con Rusia, viajes a la zona de exclusión de Prípiat para visitar la ciudad fantasma con ese parque de atracciones tan tétrico.

—Por cierto —añadió Gaditano—, la foto de la noria abandonada de ese sitio es la que aparece en la portada del libro de la Nobel de literatura, la bielorrusa Svetlana Alexiévich, *Voces de Chernóbil*, muy recomendable.

—Te veo bien cultivado, compañero.

—Gaditano tiene razón —intentó por enésima vez Maialen Guevara reconducir la conversación hacia sus directrices—. Tras el trágico suceso del reactor, han seguido viniendo hasta nuestros días niños y niñas del área de influencia de la central nuclear ucraniana. Pero poco sabemos de la chica en cuestión aparte de lo comentado al respecto, solo que se había emancipado de sus padres adoptivos malagueños y ahora vivía en Madrid. Por ello voy a asignaros lo que quiero que hagáis como punto de partida. Yo tengo que ir por temas personales a San Sebastián mañana, así que aprovecharé para acercarme al Instituto de Medicina Legal y estar con Haizea, la médica forense del Juzgado de Instrucción que se encargó del caso, a la cual conozco bastante bien y espero me pueda decir alguna cosa que tal vez se nos pase por alto en el informe resumido que tenemos.

»Tú, Josu, quiero que te encargues de contactar con la Asociación Guipuzcoana de Ajedrez o con la de aquí, la alavesa, si eso

te resulta más fácil, o incluso mejor aún con los comentaristas que estaban allí en nombre de la federación española. La cuestión es que quiero que analicen movimiento a movimiento la partida de marras y te expliquen si existe cualquier anomalía en el juego de alguna de ellas, especialmente de Oksana. También quiero que contactes con el entrenador de la chica, aunque ya sé que lo interrogaron los compañeros *guipuchis*, y hables con él a ver qué impresión te da. Tampoco estaría mal tantear a la familia de acogida a ver qué nos dicen al respecto del carácter de la chica y sus costumbres o amistades.

—Si queréis, sobre ese último punto no habría ningún problema en que los visitara alguien de confianza —intervino Martín—. Si no te parece mal, Guevara, conozco a un antiguo *ertzaina* que trabaja ahora en la Policía Judicial de Málaga y es uno de sus mejores investigadores, además de un buen amigo.

—¿Se pasó a la Policía Nacional?

—Sí. Se llama Aitor Etxeazarreta y estaba destinado en Bilbao hasta que mataron a su compañero en un tiroteo con narcotraficantes y entre eso, junto a cierto asunto amoroso que no se sabe muy bien como terminó, resolvió cambiar de aires.

—Joder, ¿no será el que descubrió que uno de sus jefes era un asesino en serie que actuaba en la Costa del Sol? Aquello fue muy sonado en el mundo policial —inquirió Josu al escuchar el comentario.

—Lo conozco. Era de la promoción 18 de la Ertzaintza, la anterior a la mía —afirmó Maialen—. Habré hablado en un par de ocasiones con él, en la academia de Arkaute si mal no recuerdo. Tendrá cuatro o cinco años más que yo. No parecía mal tipo. ¿De qué tienes trato?

—Coincidimos cuando yo era un novato y me destinaron a Vizcaya. Primero estuve en la Oficina de Atención al Ciudadano de Baracaldo recogiendo denuncias y después ya pasé a Protección

Ciudadana en la *ertzain-etxea* de Bilbao, donde lo conocí. Nos dio algunos consejos interesantes a la hora de salir a patrullar. Más tarde pasó lo de Natxo, cuando lo mataron en aquel tiroteo y él estaba de excedencia pensando en largarse a la PN. Creo que nunca se perdonó el no haber estado allí con su binomio cuando se efectuó la puñetera redada en la zona de San Francisco. Desde entonces charlamos de vez en cuando, un par de veces al año. Hace dos, por cierto, cuando me fui de vacaciones al sur, quedamos en Benalmádena para cenar y tomarnos unas copas. Se le veía bien, me alegré por él.

—Vale, pues si está dispuesto a echarnos una mano, y mejor extraoficialmente que vía solicitud formal porque todo el papeleo burocrático que hay que hacer es una mierda, que se ponga con ello en cuanto tenga un rato y te diga algo. Tú te encargas.

—Okey, jefa.

—Además quiero que junto con Silvia —la miró a los ojos— os dediquéis los dos a descubrir todo lo que seáis capaces sobre estos últimos meses de vida de la chica y su historia previa. Quiero saber exactamente dónde vivía en Madrid, si estaba sola o con más gente en el piso, si tenía novio o amigo con derecho a roce, por qué esa afición al ajedrez, cómo conoció a su entrenador, si visitaba algún médico... Quiero saber si estaba metida en alguna organización de ayuda a su país o si su familia auténtica, la de Ucrania, estaba perseguida por los rusos o eran espías o yo qué sé. En fin. Rebuscad en inmigración y después sumergíos en el ordenador a ver qué encontramos sobre Oksana y si alguien tenía interés por quitarla de en medio.

Todos asintieron. Maialen giró de nuevo la cabeza y contempló la macabra escena explícita ante el tablero, como una función de teatro del absurdo, retroproyectada en la pared. Salió del reproductor de vídeo y un alivio silencioso recorrió la estancia. Se dirigió de nuevo a su equipo:

—Yo no volveré hasta dentro de dos días, así que nos vemos el próximo miércoles por la mañana aquí mismo, en nuestra superoficina —concluyó con ironía—. A ver si para entonces ya tenemos algo más con lo que avanzar en el caso. Ya sabéis que solo triunfa en el mundo quien se levanta y busca a las circunstancias, o bien las crea si no las encuentra...